



Víctimas y victimarios frente a frente en Maixabel (Icíar Bollaín España, 2021)

Por Igor Barrenetxea Marañón

Tratar la situación de las víctimas de ETA siempre es necesario y, al mismo tiempo, difícil y complicado. Y más si esa mirada es desde el cine de ficción retratando personajes reales. La directora Icíar Bollaín ha logrado, a pesar de tal dificultad, en *Maixabel*, una película íntima y poética, áspera y lacrimógena, humana y reflexiva, convirtiéndola en un homenaje a las víctimas de la banda terrorista y, al mismo tiempo, en una reivindicación del perdón y el arrepentimiento. Insisto, no es nada sencillo darle entidad a una realización de un marco conocido, de un escenario,

la violencia terrorista, que ha sido tan dolorosa en Euskadi y que ha dejado tantas heridas abiertas en la sociedad española.

Bollaín había abordado otras temáticas con igual sorprendente y ágil ojo clínico, donde queda clara su fijación por ahondar en la psicología de sus personajes, como en *Flores de otro mundo* (1999), sobre las mujeres inmigrantes que buscan una oportunidad a través del matrimonio; *Te doy mis ojos* (2003), crudo retrato del maltrato femenino; o *También la lluvia* (2010), una apelación a la colonización española y a la situación de indefensión de los indígenas en Cochabamba, a las que le siguen otras realizaciones.



El título de la película, *Maixabel*, cobra nombre de la esposa del que fuera Gobernador civil de Guipúzcoa, Juan María Jáuregui, asesinado por ETA el 29 de julio de 2000, en Tolosa. Una mujer que tuvo que recomponerse del tremendo daño infligido por la banda terrorista, para convertirse en directora de la Oficina de Atención a las Víctimas del Terrorismo (2001-2012).

La película empieza con el trágico suceso, sin concesiones. Dando cuenta al espectador que también va a valorarse la perspectiva del terrorismo. Se observa como el comando huye, muestra el miedo a ser cogidos y como, finalmente, tras saberse a salvo, gritan exultantes *el éxito* cosechado.

También se les ve, más tarde, en el proceso, cuando les juzgan y se niegan a reconocer a la justicia española, mostrando su orgullo por representar a ETA, expresando su ceguera y total fanatismo. Bollaín, en una economía de planos y escenas, sintetiza de forma contundente la terrible realidad de la socialización del dolor, del daño provocado en el gesto doliente y descompuesto de María, la hija de Maixabel, tras saber la suerte de su padre, estando con unas amigas (que no se atreven a comunicarle la noticia) y, por supuesto, el drama contenido en los ojos de la protagonista (una excelente Blanca Portillo). Sin embargo, la directora acierta en no querer contarle todo. No es necesario saber como acabó



cayendo el comando terrorista, sino que se trata de abordar un marco difícil y lleno de aristas hasta el momento crucial... Así, la realización recorre dos sendas diferentes, la vida de Maixabel tras los hechos, la de Ibón Etxezarreta y, en menor medida, la de Luis Carrasco, dos de los integrantes del comando.

Bollaín, de forma magistral, regula cada uno de sus ingredientes donde la carga emocional en cada escena es sumamente elevada, estableciendo con ello la singularidad del hecho. No es la historia de un mero delincuente y de una víctima cualquiera, sino de un terrorista y una víctima de ETA que componen un mundo personal y vital que afectaría a miles y miles de personas amenazadas y que se enlaza con la estrategia de la socialización del dolor impulsada por ETA y que causó, en Euskadi, tanta afeción. Pero tras el dolor y el drama, también cabe la esperanza. Y cuanto más se adentra en este crudo retrato (en donde la directora,





con habilidad, introduce algunas estampas llenas de poesía visual, que contrastan con la áspera realidad), más se desgana la enorme entereza humana de Maixabel que, como tantos otros cargos públicos, tendrá que vivir con escolta, porque su nombre ha aparecido en una lista de la organización terrorista. Y, así mismo, compone una mirada muy crítica del mundo de ETA. El acercamiento de Ibón (un excelso Luis Tosar) a Nanclares para despedirse de su difunto aitona le lleva a ponerse en contacto con aquellos que han renunciado a la lucha armada y a los que la banda ha expulsado de su seno.

Al principio, Ibón receloso no quiere escuchar nada de cambiar su postura, hasta que habla con Luís, y

descarga su frustración interior contra la cúpula de la banda. Algo cambia en él. Pero ese paso comportará consecuencias. Los viejos amigos dejan de serlo. O formas parte de ETA y el colectivo de presos o quedas fuera, por lo que ya no integras ese universo, y ya nadie se acuerda de ti, te conviertes en un apestado. No solo se muestra, con ello, que han sacrificado su juventud por una causa inútil, sino que una vez que te quieres apartar es tanto como traicionarla y te conviertes incluso en enemigo.

Así, la realización se asoma con un total acierto, tanto al mundo de las víctimas como al de los victimarios (y sus familias), desacraliza a ETA y expresa el hondo dolor que siempre



llevarán consigo quienes han sufrido la terrible pérdida. No solo eso, se aborda uno de los temas más delicados, con una hondura y claridad didáctica muy elocuente: la necesidad de los encuentros entre víctimas y verdugos. Se caracteriza como un proceso complicado, porque los victimarios recelaban de las intenciones ocultas de las víctimas y, por supuesto, para muchas de ellas era un shock encontrarse con los perpetradores.

Sin embargo, tales encuentros permitirán escuchar las dudas de las víctimas y el punto de vista del terrorista, sus reflexiones, el modo en el que entró en ETA y lo que le empujó a actuar, el reconocimiento de la culpa, las

pesadillas por los muertos provocados (hay una escena muy simbólica cuando Ibón pasa conduciendo por los lugares donde ha atentado y se escuchan, en su [mala] conciencia, el ruido de las balas o las bombas) y la responsabilidad, el desconocimiento que tenían de la víctima y la confesión del alivio cuando fue atrapado.

El momento en el que el personaje de Maixabel se acaba encontrando con Ibón contiene una carga emocional tan fuerte que deja sin aliento, mostrando la faz humana de víctima y verdugo cara a cara y desvelando, ante todo, la inutilidad de la violencia y su

pesada e irrenunciable carga, cuando Maixabel le dice: “¿Sabes? Prefiero ser la viuda de Juanmari que tu madre”. E

Ibón le replica: “Y yo preferiría ser Juanmari que su asesino”.



T. O. Maixabel. 2021, España. Producción: Kowalski Films, Feel good Media, ETB, Movistar Plus+, RTVE. Dirección: Icíar Bollaín. Guion: Icíar Bollaín e Isa Campo. Música: Alberto Iglesias. Fotografía: Javier Agirre Erauso. Intérpretes: Blanca Portillo, Luis Tosar, Urko Olazabal, María Cerezueta, Arantxa Aranguren, Mikel Bustamante, Bruno Sevilla, Jone Laspiur y David Blanka. Duración: 115 min. Premios (2021): Premios Goya, Mejor actriz, Mejor actor de reparto y Mejor actriz revelación. Premios Forqué: Mejor actriz y Premio al Cine y Educación en valores.